

No se realizaron las esperanzas antipatrióticas de Jeremías. Nabucodonosor fue a Jerusalén, pero no cometió ningún acto de hostilidad. Joiaquim siguió en el trono con la condición de reconocer la soberanía de Babilonia. Joachaz, partidario de la alianza asiria y víctima de ella, había muerto en Egipto, pues de no ser así, habría ocupado el trono. Parece que Nabucodonosor no cruzó la frontera egipcia. Retrocedió y regresó de prisa a Babilonia, probablemente por haberse enterado de la muerte de su padre Nabopolasar. Entonces tomó oficialmente el título de rey de Babel que se le daba abusivamente en Siria desde hacía algunos años. Su padre había reinado veinte años, y él ocupó durante cincuenta y tres el trono de Babilonia.

Esta situación de paz en la sujeción duró tres o cuatro años en Judea, a lo largo de los cuales se aumentó la agitación profética. El rey y el partido de los *anavim* vivían en muy malas relaciones. Éstos seguían asegurando que los preparativos militares resultaban una injuria a Dios; que era mejor el ayuno, y que la oración de los hombres piadosos debía respetarse como la mejor arma de guerra. Según se reducían las fuerzas materiales de la patria, crecía la exaltación interior de las almas. ¿Por qué abandonó Joiaquim la política de resignación y se rebeló locamente contra Babilonia? No podemos hacer más que suposiciones. Parece que el origen de esta falta (de tan terribles consecuencias) fueron las relaciones hostiles del reino de Judá con los arameos de Damasco, los amonitas y los moabitas. Una de las desventajas del carácter de Israel es que nunca fue muy querido por sus vecinos, y vivió en malas relaciones con ellos. Durante los últimos años de Joiaquim, invadían frecuentemente el reino de Judá grupos de arameos, amonitas y moabitas, impulsados indudablemente por Nabucodonosor.

Parece que Joiaquim afrontó con energía esta situación desesperada que debió durar dos o tres años. El bandidaje de los nómadas escondía al poder caldeo, con su séquito de terrores. Egipto estaba reducido a la impotencia. Desde la batalla de Karkemis, no volvió a atravesar el torrente de El Arisch. No conocemos lo suficiente sobre la historia política de aquel tiempo para conjeturar lo que habrían podido o debido hacer los desventurados príncipes que tuvieron que gobernar un pueblo que agonizaba. Ni siquiera sabemos cómo acabó Joiaquim. Probablemente muriera en Jerusalén, siendo enterrado en la cripta del Jardín de Uzza. El horizonte político de aquel momento estaba muy oscuro. Lo más probable es que se hallara ya en marcha la gran expedición asiria que había de acabar con la rebelión de Joiaquim, que tal vez pereció en algún combate de vanguardia. Treinta y seis años tenía cuando murió. Su hijo Iekoniah o Koniach, de dieciocho años, fue proclamado en su lugar. La costumbre era que al subir al trono el rey cambiase de nombre, y así lo hizo Iekoniah, tomando el de Joiakin. Su madre, Nehusta, representó el

papel de una sultana Validé con poderes de regencia. Creía que era necesario refrenar las intemperancias de los profetas, y Jeremías odió al nuevo rey y a su madre tanto como había odiado a Joiaquim.

Si el ejército caldeo no había llegado ya a los límites de Judea al morir el soberano anterior, llegó muy poco después. Iban delante los generales de Nabucodonosor, con grupos de caldeos y arameos. Empezaron por tomar las poblaciones del Mediodía de Judá, que eran menos resistentes. A medida que las tomaban deportaban a los habitantes. Jerusalén estaba repleta de fugitivos. Se hubiera podido creer que la aproximación del peligro haría disminuir el odio de los partidos, pero no fue así. Dos proclamas de Jehová aparecieron en el momento de comenzar el sitio, que eran dos rugidos contra Joiakin y su madre, acusándolos de las desdichas que sufría Israel, y haciendo tremendos vaticinios contra ellos.

La tempestad se acercaba. Los que podían emprender el viaje iban a establecerse en Egipto. Los fugitivos del campo se refugiaban y amontonaban en Jerusalén. Entre estos fugitivos se encontraban los rekabitas, ascetas de origen quenita unidos por una especie de voto a la vida patriarcal, y muy apreciados por los pietistas. Formaban, sin embargo, una familia distinta de los Beni-Israel, por lo cual hubo titubeos antes de admitirlos en Jerusalén. Jeremías decidió la cuestión, disponiendo que se admitiera a los rekabitas en la iglesia israelita.

Comenzaron las operaciones del sitio de Jerusalén antes de la llegada de Nabucodonosor. Se desplegó contra la ciudad aquel lujo de medios poliorcéticos cuyo secreto nos han revelado los bajorrelieves asirios. Todo el partido exaltado estaba en la ciudad, aguardando, sin duda, alguna de las salidas milagrosas que se contaban del tiempo de Ezequías.

El rey y sus *sarim* se defendieron con mucho valor hasta que se anunció la llegada de Nabucodonosor. Entonces solían ser muy largos los sitios. Se había podido esperar que, en un momentado dado, moriría Nabucodonosor o que otros asuntos le harían abandonar una empresa que había de parecerle secundaria. Pero cuando se supo que el poderoso monarca tomaba personalmente la dirección de las operaciones militares, el consejo de regencia decidió que era necesario rendirse. Mientras se aproximaba Nabucodonosor, procedente del Norte, Joiakin salió de la ciudad con su madre, sus ministros, oficiales y eunucos para rendirse a discreción al rey de Babilonia. Éste le acogió duramente. Joiakin fue destituido, y su juventud no evitó que se le redujera a cautiverio, del cual tardó en salir treinta y seis años. No había reinado más que tres meses.

No tenía intenciones Nabucodonosor de destruir la ciudad ni de matar a los habitantes. Aplicó a Jerusalén el sistema de transporte que Salmanasar había aplicado a Samaria, pero en menor escala. El rey con sus funcionarios, ministros y eunucos, los hombres acomodados y cuantos podían llevar las armas, fueron llevados a Babilonia o a Mesopotamia. Parece que sumaban en total 3.023 personas, o sea la sexta parte de la población de Jerusalén. Los vencedores creían que llevándose la cabeza de la nación, la aristocracia civil y militar, la decapitaban efectivamente. No veían que una vida intensa esparcida por un cuerpo grande, se reneva incluso después de la ablación de las partes vitales.

De las clases, largamente enumeradas, de los que fueron transporta-

dos, no menciona el *Libro de los Reyes* a los sacerdotes, levitas y profetas. Todos ellos quedaron en Jerusalén junto al templo, desprovisto de sus objetos más preciosos, pero por lo mismo más venerable. Jeremías no fue transportado, ni Haunan ni Habacuc. Ezequiel, a pesar de ser *cohen*, fue transportado.

Nabucodonosor actuó en Jerusalén como político muy superficial. Hizo lo mismo que un poder que quisiera destruir París llevándose los hombres ricos y los políticos, y dejando el pueblo, los periodistas y los escritores. Aquellos caldeos toscos sólo conocían la fuerza, y creían haberlo hecho todo al dejar aniquilada la fuerza militar de Judá. La pobreza debía de ser absoluta. Los campos fueron desolados. La población agrícola desapareció casi por completo.

Todo lo que tenía valor, según las ideas de aquella época, fue presa del vencedor. Los caldeos se llevaron los tesoros del templo y del palacio real, pero dejaron la vajilla de cobre del palacio y de las casas ricas de Jerusalén. Probablemente no se interrumpiría el servicio religioso, y durante estos días de pobreza, levitas y *anavim* encontrarían razones excelentes para confirmarse en su fe. Todo esto había sucedido, según los *anavim*, para cumplir un oráculo de Isaías y para castigar el movimiento de vanidad con que Ezequías había enseñado sus tesoros a los enviados de Merodach-Baladán.

Como sustituto de Joiakin, preso, el rey de Babilonia nombró a Mattamah, tío de éste, hijo de Josías y Haruntal, que tenía treinta y un años. Su nombre real fue Sidqiahu, que las transcripciones griegas y latinas han convertido en Sedecías.